

Casi había que dar la vuelta al mundo
para llegar al luminoso pueblo de Cuba
pues los malditos corazón de dinero,
los endemoniados odiadores del hombre
así lo ordenan.
¡Aún pueden disponer esas cositas!
Pero el propio camino, la senda por donde el hombre va, no podrán obstruirlo.
Aquí estás, oh, resplandeciente pueblo, que amas al hombre,
ya estoy llegando a ti,
volando por el aire en el interior del incansable avión-águila.
He pasado por todos los nevados,
y en el destello de esas nieves reverberantes
he reconocido a todos los pueblos hermosos
alimentándome con el esfuerzo mancomunado de sus verdaderos hombres.
Pasando por medio de desolados mares sin fin,
remontándome por encima de temibles árboles, flores de la nieve,
atravesando las frondas sombrías de los árboles de la vida y de la muerte,
estoy llegando a ti,
pueblo que ama al hombre,
pueblo que ilumina al hombre,
pueblo que libera al hombre,
amado pueblo mío.
Dentro del avión-águila escucho ya tu palabra,
la voz, el grito de setecientos maestros y poetas,
palabras inspiradas en ti,
tan altas como el Sol.
Eres tú, ahora, pueblo de Cuba, simiente del mundo,
del cielo y de la tierra,
simiente inmortal,
fruto del hombre eterno.
Eres pequeña,
pero no existe quien te pueda doblegar.
La semilla es pequeña,
pero rompe cualquier piedra, cualquier roca
y la hace florecer.



¡Amado pueblo mío,
centro vital del mundo nuevo!
Aniquilando a nuestros asesinos con tu implacable fuego como el sol
levantas al Hombre
para conquistar el Universo y poseerlo
con su corazón resplandeciente.